

¿Problemas de funcionamiento? La necesidad de límites en la bioética?

Javier López Alós

Es miembro ajeno a la institución sanitaria del CBA del departamento de Salud 17 de la Comunidad Valenciana.

“Pongámonos de acuerdo de antemano: ustedes no me crean, no me crean, yo hablaré y ustedes no me crean. Sin embargo, permítanme que me explique, algo recordarán de mis palabras, a pesar de todo”.

F. DOSTOIEVSKI, *Los hermanos Karamazov*, IV, 12.

Planteamiento

La aportación que aquí se presenta parte de la configuración asimétrica que se da entre las dos mesas abiertas de comunicaciones a propósito del estado y mejora de los comités de bioética asistencial. Así, mientras se hablará de “búsqueda de fortalezas” por una parte, por otra, en la que nos encontramos se tratará de “problemas de funcionamiento”. Considerar los supuestos implícitos a esta asimetría es el primer propósito de esta intervención. Con ello, tratará de mostrarse cómo muchos de esos tales “problemas de funcionamiento”, lejos de ser anomalías o accidentes de la implantación institucional de la bioética, son consustanciales al modo en que ésta ha tenido lugar. El predominio de una comprensión meramente extensional de lo que pueda ser la bioética, y su correspondiente tendencia expansiva, ha derivado en la proliferación de multitud de iniciativas en este campo, en su rentabilidad en términos de imagen, en su valoración creciente, etc., mas también a base de ocupar campos adyacentes, el ejemplo más claro

² Este texto fue leído durante las III Jornadas de Comités Nacionales de Ética celebradas en la UIMP de Valencia los días 22 y 23 de noviembre de 2007. Se incluyó en una mesa de comunicaciones, coordinada por el doctor Juan Carlos Martín Escudero, que llevaba por título “Problemas de funcionamiento en los Comités de Ética Asistencial” que tenía su complemento en otra bajo el nombre “A la búsqueda de fortalezas de los Comités de Bioética Asistencial”.

es la ética profesional, está terminando por constituirse en una disciplina de límites tan borrosos como, a menudo, faltos de fundamento. No en vano, asistimos con perplejidad a la conversión paulatina en asunto bioético de todo conflicto que acontezca en el nicho sanitario.

Es precisamente la falta de un contenido intensional en los usos habituales de los términos “ética” y “bioética” lo que convierte a ambos en significantes casi vacíos, con los que cualquiera pueda expresar un compromiso que, así las cosas, no compromete a nada. Semejante circunstancia parece ignorar que existen diversos discursos sobre estas materias no solamente divergentes, sino que se excluyen entre sí. Es defendible la asunción de ciertos consensos pragmáticos sobre el corpus de estos saberes, pero nunca se debe olvidar que tales acuerdos son construcciones. Esto se da de bruce con una frecuente y rentable “concienciación ética”, basada más en las buenas intenciones y el emotivismo que en el conocimiento crítico de los valores y fines a los que se hace referencia, en las posibilidades de la intuición y el sentido común (que, justo por ser común, nada tiene de particular aquí) que en la genuina y responsable ilustración de los individuos.

Hay un pasaje de *Los hermanos Karamazov* de Dostoievski que, creo, puede servir para enmarcar bastante bien lo que pretendo decir: se trata del momento en que durante el juicio a Mitia por el asesinato de su padre el fiscal se dispone a hacer su alegato final.

Supongo que, antes de querer convencer a nadie de nada, convendrá también aquí aclarar algunas cosas. Y es que, en primer lugar, me gustaría llamar la atención sobre lo que no sé si un síntoma o una declaración de intenciones de estas Jornadas, que se podría resumir en el título que se le han dado a dos mesas de comunicaciones abiertas que, a lo que parece, pretenden cubrir algo así como un diagnóstico y pronóstico de los comités a partir de las visiones o experiencias que desde ellos mismos se dan. Si uno acepta que las palabras no son inocentes y que, en efecto, significan o queremos que

signifiquen cosas, no puede ser irrelevante el uso que les demos: ¿por qué se confronta al término “fortalezas” la expresión “problemas de funcionamiento”? ¿Qué implicaciones hay en ello? No se trata de hacer un juicio de intenciones, pero sí de señalar una serie de cosas: ante todo, la antítesis correspondiente de fortaleza es debilidad, si se quiere, ideas afines como fragilidad. Y el reverso de “problemas”, si se opta por el otro camino, sería soluciones, o proyectos, reformas, etc. Aquí no se dan las condiciones para una analogía completa entre el grado de fortaleza de un cuerpo y el de un sistema construido.

Esta confusión condiciona de modo muy importante todo este debate, pues si no se distingue entre condiciones orgánicas (que a eso se refieren fortaleza y debilidad), lo que llamaríamos ontogenéticas, que son constitutivas, y aquéllas que son meramente mecánicas (que son las que nos hablan del funcionamiento de las cosas, sus problemas y sus vías de reparación) es muy difícil que llegemos a otro lugar que a un frontón hecho de espejos en el que cedernos amablemente el juego.

Qué duda cabe que todo lo que se pueda decir sobre la falta de medios, la instrumentalización política, el dirigismo no obstante muchas veces indolente de la administración, la lucha de intereses e influencia... todo esto y más, precisa un análisis de pretensiones más ambiciosas que la recopilación casuística de agravios o “problemas”. Es decir, con ser cierto no basta; incluso, en el extremo, puede llegar a ser contraproducente. Lo que pretendo sostener aquí es que buena parte de todos estos caracteres lamentables de nuestras instituciones bioéticas tienen precisamente que ver, por no decir que a menudo coinciden, con los que les dieron su razón de ser.

Y es que si la ética y la bioética gozan del suficiente prestigio social como para que sea codiciada como un epíteto meliorativo de la acción pública sin que ello incida en ningún compromiso sustantivo sobre su contenido, si los propios comités tienen a menudo la sensación de estar “de adorno”, no se puede eludir que, en muy buena medida, es porque rara vez se exige concretar qué se entiende por ética y por bioética. Ante estos saberes hay dos apriorismos que condenan a la inutilidad, en el mejor de los casos, o a la falsa conciencia y el oportunismo en otros: 1º) que la ética y la bioética son

indefectiblemente valores deseables de toda acción, o más aún, fines en sí mismos; 2º) que, por lo tanto, cuanto mayor sea su promoción, mayor será nuestro grado de bienestar y satisfacción y mejor cumplimiento daremos a nuestras obligaciones (que también son éticas, en una estructura circular muy poco productiva). Mas, si yo no estoy por completo equivocado, algo así sólo es posible a despecho de varias operaciones, no siempre conscientes:

1ª) la confusión de la universalidad ética de los fines de un arbitrio racional con la absolutización de la propia ética, como ciencia suprema no sólo de las acciones sino de las relaciones humanas, de suyo problemáticas. Una consecuencia visible es la invocación de la ética como solución de problemas de naturaleza política, administrativa o económica. Con más claridad: sin perjuicio de las responsabilidades que a cada cual le cabe, podemos llamar a los profesionales a que se esfuercen, en nombre de una ética asumida, por ser más comunicativos con sus pacientes, a partir de una suerte de concienciación progresiva y certificada por horas. O, tal vez, esforzarnos en reclamar y mejorar las dotaciones necesarias para dar una atención digna y adecuada a los usuarios del sistema público de salud, entre ellas los recursos imprescindibles (por ejemplo el tiempo) para que se dé esa comunicación que reclamamos. Todo esto se podría sintetizar con una idea: la mejor humanización es una buena institucionalización, mediante la cual potenciar las cualidades de los individuos y optimizar recursos. De lo contrario, uno tiene la sensación de estar viendo *Casablanca*, esa escena en la que, mientras los alemanes entran en París, Ingrid Bergman le dice a Bogart: “El mundo se derrumba y nosotros nos enamoramos”. Pues eso, los servicios públicos se vienen abajo, y no necesito explicarles a ustedes las condiciones en que trabajan, y nosotros lo fiamos todo a una cuestión de “conciencia ética”.

2ª) La falta de definición de los campos categoriales en los que nos movemos favorece la subsunción de otras disciplinas adyacentes en el propio marco de esta bioética expansiva. Así, los contenidos de la ética profesional de los clínicos pasan a ser dominio de la bioética o los propios facultativos de atención primaria exigen el reconocimiento bioético de los dilemas de orden moral a los que deben enfrentarse, como si ello acreciera de algún modo su importancia. Incluso parece recibirse con

naturalidad la propuesta de que los comités de bioética participen en la elaboración de los códigos éticos de las instituciones sanitarias: diera la sensación de que existe la opinión muy extendida de que casi cualquier suceso acaecido en el seno de la administración de salud, desde una petición de cita mal atendida a un trasplante facial es territorio bioético. Tomando una perspectiva sociológica, puede reconocerse con facilidad que las ventajas académicas que ello ofrece son muy provechosas.

En el desarrollo de las ciencias biomédicas de, sobre todo, los últimos sesenta años y la reelaboración de un pensamiento crítico de la ciencia no muy anterior, hay una fundamentación racional de la sospecha ante las posibilidades tecnocientíficas en el ámbito mismo de la salud individual. El asentamiento de las democracias representativas occidentales y los correspondientes avances de las ciencias jurídicas permiten encauzar estas reservas en términos de derechos, y las propias transformaciones socioeconómicas de las últimas décadas permiten hablar de demanda. La bioética, en este sentido, es una demanda social. Pero una demanda creada o inducida también en cuanto a la mostración pública de una necesidad. No otra cosa refleja el que los comités en nuestros estatutos nos refiramos a la promoción y difusión de la bioética, y al modo en que este punto suele entenderse: el aviso al mayor número posible de miembros de la comunidad sanitaria de que sus acciones son susceptibles de una consideración bioética. La demanda, pues, aumenta. La cuestión que toca será ver cómo se hace de elástica la oferta.

(A estas alturas de mi intervención, vuelvo a acordarme del fiscal Ippolit Kirílovich, cuando avisa de que, aunque el que habla pueda ser un calumniador monstruoso y suscitar todas las iras del público, lo más terrible será siempre que, por poco que sea, haya algo de verdad en lo que dice. En el fondo, eso es lo que cuenta y sobre lo que no conviene distraerse.)

Hablando sólo de consecuencias prácticas y dejando otras consideraciones que pudieran hacerse, las formas de discurso que se basan en lo que podríamos agrupar como “éticas de la convicción” se adecuan muy bien al estado de cosas presentado: criterios tan incontrastables como la emoción o el sentido común invocan una

fundamentación irrefutable porque forman parte de la subjetividad del individuo, que está al margen de cualquier discusión. Esto produce, ante la falta de discusión en torno a valores, principios y normas, un funcionamiento que, lejos de ser un accidente, parece obvio: comités basados en la disposición moral de sus componentes. Si se olvida la relación de dependencia entre el acceso a las virtudes y el conocimiento racional, se está obviando la condición *sine qua non* de la propia ética: su aspiración a la verdad, verdad en términos que sean razonables a cualquier ser humano en tanto que tal. Es el reconocimiento de esta dignidad la que obliga a dar razón (y dar razón no es dársela a uno mismo, es siempre intencional) y a basar nuestro discurso en algo más que en las buenos propósitos, que como al soldado el valor, ya se nos suponen.

3^a) Me refería antes a cierto círculo vicioso que nos conduce a la idea de que “cuanto más éticos somos más promocionamos la ética y cuanto más promocionamos la ética más éticos nos volvemos”. Esta estructura nos ofrece información sobre el modo en que se piensa y se organiza toda esta cuestión, marcada por el autorreferencialismo. Hoy puede decirse que la actividad más intensa de los comités consiste en justificar su propia existencia, ante los agentes del sistema (los gerentes, los compañeros, en mucha menor medida, los usuarios...) o ante el conjunto de la sociedad (a través de instituciones de todo tipo, peticiones de financiación, medios de comunicación, etc.). Hoy, aquí mismo, asistimos a unas jornadas de bioética destinadas a hablar sobre... los comités de bioética. Nos pasamos el tiempo hablando de nosotros mismos y, por lo tanto, y es lo cierto, estamos totalmente autorizados a hablar y hablar: mas hablar tampoco obliga a decir necesariamente gran cosa. Siempre podemos aplazar para otro día algo que comprometa. Mientras los espejos siguen devolviéndonos la imagen de esforzados peloteros de la bioética, y que pase el siguiente. Porque en este frontón, tal y como está concebido, cabemos todos, pues de eso se trata: cuantos más juguemos mejor, aunque llegue un momento en que no se sepan ni las reglas, aunque la confusión sea tan grande, el tumulto tan ensordecedor, que no distingamos ni los rebotes. Ese día, perdidos irremediabilmente en el frontón de espejos, inútiles todos, la implantación institucional de la bioética habrá cumplido su fin último: existirá, los poderes públicos irán al palco y cederán los derechos televisivos, dirán que hay bioética y que se alegran

y que el contribuyente llene las gradas y mire. Pero lo que suceda será ininteligible para los de dentro y los de fuera.

Final.- Como aquel letrado de *Los hermanos Karamazov*, también tengo mis simpatías por el protagonista de esta disputa, pero sino a trabajos forzados, si al menos esforzados creo que mereciera la pena mandar toda esta cuestión de los comités y, en general, de la bioética: más esforzados, pero sobre todo más francos. Si alguien me dijera que, en todo caso, resulta que Mitia es inocente y es condenado injustamente en lugar de su hermano, simplemente le invitaría a leerse toda esta novela probando esta vez a no tomar demasiado en serio las palabras de los diablos.